

## ¿ES POSIBLE ENTENDER QUÉ PASA EN LOS GRANDES LAGOS?

### **Organizaciones humanitarias, medios de comunicación y calidad de información**

Durante la última década el escenario humanitario ha sufrido un incremento de actores sin precedentes. El número de ONG presentes en los conflictos ha aumentado de forma ostensible, también lo ha hecho el número de operaciones de Naciones Unidas; han aparecido delegados de financiadores institucionales por doquier, los militares han desembarcado inventado la figura del humanitario gubernamental armado y son tantos los periodistas que hacen acto de presencia durante la fase aguda de una crisis que parecen salir de debajo de las piedras.

La relación entre los miembros de las ONG y los profesionales de la información no es nueva, pero una serie de cambios substanciales sufridos durante los últimos años han desembocado en un incremento de la interdependencia y originado un matrimonio de conveniencia del que ambos pueden salir (y de hecho salen) beneficiados o perjudicados. Aliñada por el mutuo desconocimiento, la relación cooperante-periodista está condenada al entendimiento a través del tortuoso camino del desencuentro y la decepción.

Los periodistas visitan las casas de las ONG en busca de información fresca y a ser posible exclusiva, quieren cifras, datos, entrevistas, vehículos que les transporten al lugar de los hechos, contactos, direcciones de hoteles, teléfonos vía satélite para enviar una crónica, facilidades burocráticas para obtener permisos o simplemente una cama donde dormir o un rincón donde tomar una copa después del trabajo y charlar con compatriotas. Es tal el volumen de demanda de los periodistas con respecto a las ONG que en muchas organizaciones se designan personas ocupadas en lo que se ha dado en llamar "logística de periodistas".

Pero una pareja es cosa de dos y muchas organizaciones, conscientes de que los recursos materiales, la información y los contactos de que disponen son de interés para los medios, persiguen a los periodistas para ofrecerles su apoyo, les llaman cuando van a emprender una acción concreta, inundan las redacciones con comunicados de prensa o reservan asientos para periodistas en sus aviones de carga. Todo ello con la esperanza de aparecer en televisión, ser citados en la prensa escrita o entrevistados en la radio. El objetivo final de las ONG es doble. Por un lado, pretenden dar a conocer la situación de la población a la que atienden a fin de sensibilizar al público sobre un hecho concreto o sobre la injusticia y la desigualdad en general y, al mismo tiempo, presionar para que las autoridades internacionales tomen cartas en el asunto. Por otro lado, y más sutilmente, intentan dar a conocer su organización, su trabajo, justificar los medios invertidos, captar fondos privados e institucionales y ampliar su base social.

La siempre difícil convivencia, que en este caso parece ajustarse a la máxima del ni contigo ni sin ti, acostumbra a desembocar en unos profesionales de la información que no acaban de estar convencidos de la utilidad del trabajo de las ONG, que confunden los nombres de las mismas porque todas les parecen iguales<sup>1</sup>, mezclan emergencia y desarrollo, confunden caridad, beneficencia y solidaridad, o juzgan a las organizaciones por no hacer un trabajo que no les corresponde o que es contraproducente<sup>2</sup>. Por su parte, los cooperantes se sienten con frecuencia decepcionados por la forma en que los periodistas reproducen sus declaraciones, les piden que rectifiquen sus crónicas, se enojan si después de acompañarlos todo el día por el campo de refugiados no citan a su organización y, en el peor de los casos, los consideran un estorbo para el proyecto al que hay que dedicar el mínimo tiempo posible.

Son muchas y variadas las causas que subyacen tras estas actitudes, pero, descartada la intencionalidad, destacaría dos. La primera, compleja pero soluble, es el desconocimiento del mundo humanitario por parte de unos y de las necesidades y los condicionantes de los medios por parte de otros. La segunda es mucho menos aprehensible: la meteórica evolución que está sufriendo el concepto de información y las inevitables modificaciones que provoca en nuestra percepción del mundo en que vivimos.

Asegura Alain Minc que la información está a punto de convertirse en un producto más y que los índices de audiencia doblégan las intuiciones creadoras. Para el pensador francés, la legitimidad ha cambiado y pertenece más a los medios de comunicación que a los políticos<sup>3</sup>. El encumbramiento del directo televisivo

ha transformado radicalmente el tratamiento de la información. Informar ya no es explicar al espectador un hecho de forma precisa y contrastada, darle las claves para entienda los porqués y forme opinión propia. Hoy en día, informar es convertir al ciudadano en espectador de excepción de los hechos a través de imágenes y sonidos que acaban por hacernos creer que para estar bien informado basta con verlo u oírlo<sup>4</sup>; comprenderlo es irrelevante.

La importancia e incluso la existencia de un acontecimiento reside en si hay imágenes o no del mismo. Nosotros, como espectadores, ya no queremos ser informados, queremos ser conmovidos. La periodista Christine Ockrent lo expresa de forma lúcida cuando comenta que "No hay indignación sin imágenes y la indignación provoca la acción humanitaria<sup>5</sup>". Cuando llegamos a un punto en el que se aconseja reemplazar la acepción "opinión pública" por la de "afectividad pública<sup>6</sup>" es porque hemos entrado en una tendencia que contrariamente a lo que pudiera parecer no sensibiliza, deshumaniza. El constante recuerdo, siempre en la misma línea, de la desgracia ajena en vez de concienciarnos de la injusticia cultiva nuestra indiferencia al respecto. Si no transporta ningún mensaje, el espectáculo visual humanitario llena los ojos para vaciar las mentes y anestesiar los sentimientos. La miseria se convierte en un espectáculo más.

Este reduccionismo uniformizador tanto del concepto de información como del nivel de exigencia por parte de la opinión pública se explica parcialmente por el exceso de información a nuestra disposición. En la actualidad, todo el mundo genera información: periodistas, ONG, políticos, empresas públicas, privadas, etc., que transmiten por todos los medios a su alcance: televisión, radio, periódicos, ordenadores, informes, *mailings*... Esta abundancia, que algunos apuntan como el método más moderno de censura, desinforma a base de alimentarnos con muchos más datos de los que podemos digerir y repercute directamente en la calidad de la información. En un entorno cada vez más saturado y competitivo el mensaje se torna más simple, menos fiable y más subjetivo. Más simple porque hay demasiadas noticias y poco tiempo o poco espacio disponibles. Menos fiable porque una noticia, un dato, apenas se contrasta ya, la reiteración se considera prueba de veracidad y cada vez se difunden más rumores. Más subjetivo porque asistimos a una preocupante personalización de la información, se opina más que se informa, y a una batalla sin cuartel por salir en la foto. En el caso que nos ocupa, las ONG compiten por aparecer en los medios y no es raro ver cooperantes que quieren destacar más que las víctimas y se erigen en sus portavoces. De la misma forma, es muy habitual encontrar periodistas que se conceden más protagonismo que las víctimas y los cooperantes juntos, que aseguran ser los representantes legítimos de "sus" lectores y que dedican más tiempo a narrar sus aventuras que a la historia en sí.

La crisis de los Grandes Lagos de finales de 1996 es sólo un ejemplo más de cuanto hemos comentado hasta ahora, una experiencia de la que ni las ONG ni los medios de comunicación han salido indemnes y sobre la que todos tenemos todavía mucho que reflexionar.

Las organizaciones humanitarias ya sabían por experiencia en otras crisis mediáticas recientes (Ruanda, Bosnia, Somalia, Chechenia), lo que la mayoría de los reporteros buscaban: historias humanas que cumplieran el sagrado (y provinciano) criterio de la proximidad (en nuestro caso cooperantes españoles, pero mejor aún si encontramos un andaluz para un medio del sur de la Península y uno de Gerona que hable catalán para la radio local ya es el *súmmum*) y datos, muchos datos (número total de refugiados, muertos por día, niños abandonados, personas atendidas, comida distribuida, aviones enviados...) Por inercia asumieron sus respectivos papeles. Al principio, las organizaciones dieron cifras sobre el número de refugiados y muchos periodistas las divulgaron sin contrastarlas con otras fuentes. Luego vinieron las acusaciones de que las organizaciones habían exagerado las cifras, acusación mezquina al tratarse de datos que los propios periodistas ya habían difundido con anterioridad a esta crisis cuando los campos de las orillas del lago Kivu aún estaban habitados. Además, los medios no tenían cifras alternativas que ofrecer que demostraran la exageración denunciada porque simplemente no tenían más fuentes, dependían de las organizaciones humanitarias. Dicha actitud evidenció lo limitado de sus fuentes de información y la despreocupación con la que lanzaban a las ondas datos no comprobados, y esto último es también aplicable a muchas ONG.

Sin embargo apenas se habló de lo que era y es (porque la situación apenas ha cambiado en este aspecto) el problema más preocupante y que se ha manifestado como nunca en anteriores crisis<sup>7</sup>: el problema del acceso.

En este conflicto ni siquiera el derecho de injerencia mediático (que es más antiguo que el derecho de injerencia humanitario) fue observado. Las ONG y los corresponsales se concentraron en los pasos fronterizos de Gisenyi y Cyangugu (Ruanda) con la intención de cruzar a Goma y Bukavu (Zaire<sup>8</sup>). Todos querían buscar a los refugiados, los unos para atender sus necesidades básicas, los otros para contar al mundo lo que allí estaba sucediendo. Los periodistas desesperaban porque no había imágenes y sin imágenes, ya lo dijimos antes, no hay noticia. Los humanitarios daban cuenta de todos sus preparativos al tiempo que invocaban al reconocido derecho a la asistencia humanitaria. Al final, como queriendo recrear la historia, las autoridades dejaron pasar primero a los medios de comunicación y más tarde a los miembros de las ONG. Todos se lanzaron a la búsqueda de los cientos de miles de personas que aún permanecían en Zaire. Pero todo fue una tomadura de pelo, el acceso era ficticio y la libertad de movimiento siguió restringida a poco más de unos centenares de kilómetros alrededor de las ciudades zaireñas de Goma, Bukavu y Uvira. Antes de dejarles entrar, los rebeldes se habían asegurado de que apenas quedarán refugiados en la zona.

Las ONG, escarmentadas por el asunto de las cifras, dejaron de dar números a los medios y concentraron su testimonio en la falta de acceso a la población. Las organizaciones querían acceder a las víctimas y lo de menos era si se trataba de 100 o de 100.000. Pero un tema tan abstracto y enrevesado como es "el acceso" era difícil de explicar y no interesaba a la mayoría de periodistas, ellos necesitaban saber, "sus lectores querían saber<sup>9</sup>", cuántos refugiados quedaban y dónde estaban. Precisaban cifras e imágenes, y no obtuvieron ni lo uno ni lo otro.

Conclusión mediática: no los hemos visto y por lo tanto no existen, así pues apenas quedan refugiados en Zaire, la mayoría regresaron a Ruanda a través de Gisenyi durante el gran retorno de mediados de noviembre. Además, está claro que la comunidad internacional no va a enviar tropas y, en cualquier caso, la historia lleva más de un mes en primera plana, demasiado tiempo y demasiado dinero, es hora de volver a casa. "Ruanda ya no interesa<sup>10</sup>". Unas cuantas organizaciones humanitarias también llegaron a convencerse de que no quedaban ruandeses atrapados en Zaire. Antes de fin de año, la crisis de los Grandes Lagos había prácticamente desaparecido de las pantallas. Reapareció en enero de este año cuando más de 150.000 refugiados "que no existían" se concentraron en Tingi-Tingi, cerca de Kisangani, segunda ciudad de Zaire a 500 km. de Goma y, pocos días más tarde, tras la muerte tres cooperantes españoles.

Y al regresar a España la señora del café donde acostumbro a desayunar, la vecina que cuida las plantas durante mis ausencias, el amigo que llama porque se ha enterado de que "estás por aquí", me comentan en voz baja, como sintiéndose culpables de lo que están a punto de confesarme, que hace tiempo que dejaron de leer las noticias sobre Ruanda que publican los periódicos porque no hay quién se entere de lo que pasa, porque no se aclaran. "A ver si tú que vienes de allí puedes explicarme este follón" dicen.

Si ha leído los periódicos, escuchado la radio, hecho *zapping* por todos los noticieros de televisión habidos y por haber y aún no tiene claro qué pasa en Ruanda o en Bosnia, Chechenia, Afganistán, Sri Lanka o Argelia, no se apure, no es su culpa. Todos los que de algún modo generamos, seleccionamos y transmitimos información somos los verdaderos culpables. Cada vez pensamos más en nosotros mismos y menos en el público al que va dirigida la información. Pero que usted no sea culpable no quiere decir que se muestre indiferente. Si le ocurre lo que a la señora de mi café, olvídense de los productos mediáticos con fecha de caducidad inmediata y lea libros, consulte informes, acuda a centros de investigación, participe en debates y conviértase en opinión pública activa, exija, proteste, aplauda y critique.

## Notas

1-Por ejemplo la mayoría de medios confunden a diario a Médicos del Mundo, Medicus Mundi y Médicos Sin Fronteras. El desconocimiento llega hasta tal punto que el periodista Alfonso Rojo del periódico *El Mundo* llegó a proponer que Medicus Mundi y Médicos Sin Fronteras se unificaran: "Cada una de ellas tiene un presidente y un vicepresidente, y si se unifican, hay puestos que ya no se necesitan" (*Tiempo*, 16 diciembre de 1996, pág. 24). Obviando el hecho de que el señor Rojo ignora que la ley prohíbe a los miembros de la junta directiva (entre los cuales figuran los puestos por él mencionados) de una ONG reconocida de utilidad pública percibir salario alguno de la organización, la propuesta es tan poco seria como

lo sería sugerir que *El Mundo* y *El País* se fusionaran en un solo periódico para ahorrarnos leer dos veces lo mismo.

2-Algunos medios criticaron que las ONG no distribuyeran grandes cantidades de comida durante el masivo retorno de refugiados hutus a Ruanda a finales de 1996. Aunque algunas organizaciones lo intentaron, la mayoría desestimó la distribución debido a la imposibilidad de realizarla de forma ordenada y garantizar la seguridad de los grupos vulnerables. La mayoría de corresponsales ignoraba lo peligrosa y compleja que es una distribución general de comida a una población en movimiento.

3-Alain Minc, *La borrachera democrática*, Temas de Hoy, Madrid, 1995, págs. 101 a 104.

4-Una imagen vale más que mil palabras es el eslogan de la dictadura televisiva, una mentira que hemos acabado por creer de tanto oírla. Podría argumentarse que, además de verlo u oírlo, puede leerse en los periódicos, sin embargo, la prensa escrita, retrasada en sus informaciones al no poder formar parte del directo, queda relegada al segundo plano y sus contenidos no consiguen satisfacer a los lectores españoles que leen un periódico en un tiempo medio inferior a los diez minutos.

5-Christine Ockrent, "Medias et action humanitarire" en M. Bettati y B. Kouchner, *Le devoir d'ingérence. Peut on les laisser mourir?*, Denoël, París, 1987, pág. 147.

6-Pascal Bruckner, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona, 1996, pág. 250.

7-Sin olvidar el caso de la Guerra del Golfo y la escandalosa limitación del acceso y la manipulación de la información llevadas a cabo por el mando de la tropa multinacional.

8-En todo el texto se utiliza Zaire que era la denominación oficial del país cuando sucedieron los hechos descritos. En mayo de 1997 fue cambiada por la de República Democrática del Congo.

9-Al clásico argumento esgrimido por muchos periodistas según el cual se publica y emite aquello que el público quiere leer, ver y oír,

10-A principios de diciembre de 1996, en Kigali (Ruanda), interrogué a 26 medios de comunicación internacionales (televisión, radio, prensa escrita y agencias de prensa) de nueve países, acerca de sus expectativas con respecto a la crisis de los Grandes Lagos y la inmensa mayoría pensaba en estos términos.

Jordi Raich

Responsable de Prensa del Este de África de Médicos Sin Fronteras

Coordinador del curso de verano de la Universidad Complutense de Madrid: "Los retos de la acción humanitaria ente el siglo XXI"